JAIME VALDIVIESO
Como los mejores prosistas de Chile y fuera.

Valdivieso y sus Ríos Diversos

Por MANUEL ROJAS

JAIME VALDIVIESO PENETRO a las letras chilenas no de cualquier modo, no a la diabla, como algunos, por la ventana o la gatera, a tentones, sin saber casi lo que van a hacer y empujados por la experiencia, por la necesidad o por el deseo de contar lo que han visto y vivido, no.

Penetró a sabiendas de lo que iba a hacer y con ganas de hacerlo, desde el principio, bien, no bien de cualquier modo, sino bien del único modo que se puede hacer: con seriedad, con conocimientos, con ambición de forma y de técnica, no a la sin rumbo. No se le puede, por supuesto, exigir que lo haga, desde el principio, de manera perfecta, no, pero se va mejorando. Empezó por "El Muchacho", libro del cual Benjamín Subercaseaux dijo que era el documento más interesante que había leído en Chile sobre la adolescencia; Fernando Santiván, tan serio y tan escritor, declaró que nunca había visto un análisis fisiológico de las impresiones de un adolescente realizado con tal sinceridad y despreocupación. Agregó que en ese libro había páginas que parecían reproducciones de James Joyce. Alone, el señor que pone y quita o quita y pone, agregó: "Se trata de la pintura de la difícil juventud" y sus preocupaciones eróticas, los temores, la incertidumbre, todo con una valentía descomunal y una franqueza a menudo escandalosa. Nos entrega en este libro la verídica estampa del "muchacho", no un muchacho cualquiera, sino el "muchacho arquetipo".

Publicó después "Tornillito", experimento técnico más que nada, y expresión también, de emociones infantiles y adolescentes. Más tarde, en 1962, su trabajo "Un Asalto a la Tradición", ensayo sobre la obra de Carlos Sepúlveda Leyton, obtuvo el Premio Gabriela Mistral. Como se ve, no hablo de un afuerino o de un recién llegado, aunque sea su última obra, "Nunca el Mismo Río", editada en estos días por Zig-Zag, su verdadera y justa consagración.

"Nunca el Mismo Río" tiene, como "El Muchacho" y "Tornillito", una ambición de expresión y de técnica, o sea, una ambición de escribir como ahora escriben los mejores prosistas de Chile y de fuera de Chile, y una ambición de dar a la novela una estructura moderna. Poca gente joven y mucha vieja no tiene esta ambición, esas ambiciones. Escriben como a principios de siglo y dan a sus novelas y cuentos la estructura que usaban Blest Gana, Orrego Luco y casi Daniel Barros Grez, una técnica "a la comucha", como salga o a como te criaste, niño. Valdivieso rehúsa todo eso y, por ello, la verdad, por lo menos lo creo así, debemos aplaudirlo. Pocas veces en Chile y en el mundo un hombre tiene una ambición noble.

"Nunca el Mismo Río" empieza de una manera que recuerda "La Guerra y la Paz", de Tolstoy: una presentación de personajes, cómo se llaman y quiénes son; a veces, como en el caso de Mr. John A. Ellys, cuenta todo lo que de él sabremos después en el libro. También dice dónde y en qué años transcurren los hechos de la novela. De esos personajes, de tres por lo menos, no sabemos ahí sino el nombre, el de sus padres, su fecha de nacimiento, su profesión y, sólo después, leyendo, nos enteraremos de que fueron invertidos y padres de familia, asaltantes de Banco o regentes de casas de mala reputación, adúlteras, ello a pesar de llamarse con apellidos que aparecen en la historia diplomática y social de Chile. De todos modos, pudo haber omitido esa presentación y decirnos después, de algún modo inteligente, tal como lo hace en general, quiénes son ellos.

Este error, sin embargo, no aminora en nada lo que sigue. Sin mayores apuros, deteniéndose sólo cuando es imprescindible, pasando de un individuo a otro sin decir que lo hace, intentando penetrar más allá de la sombra de los seres y de las cosas, uniendo todo con gran suavidad, desapareciendo y regresando como el misterioso Mr. Ellys, que había vivido en Chiloé ("Allí, a orillas del mar, en una casa de madera a punto de venirse al suelo, que arrendó a un chilote que partió a la Argentina, permaneció como una figura indefinible e inconmensurable para los tranquilos pescadores del puerto de Ancud. Primero se le vio solo, luego en compañía de un perro, y finalmente con una chilota que le hacía de comer y quien, según se rumoreaba, lo inició en los ritos y magias de la comarca".) y que conocía la India, recorrida en compañía de una muchacha norteamericana ("Viajaron por la India a pie, en tren, a través de los ríos, mezclándose con la gente, conociendo los grandes templos, los ritos, las magias, las hechicerías y quiromancias; indagaron en todos los recovecos de ese mundo en donde todo arde y se aniquila, donde todo se mezcla y se pudre, entre las aguas letales, bajo las plantas inmensas como palios o quitasoles, por las calles y barrios putrefactos, sintiendo siempre la presencia confusa y múltiple de lo orgánico: plantas, hongos, parásitos y hombres como una sola masa omnipresente e ineludible de tristeza y de miseria").

El libro está dividido en tres partes: "Un hombre entre los hombres". "Dieguito y Panchito" y "En la Viña del Señor", y cada parte está unida a la otra por los mismos personajes, que viven en distinto nivel y que realizan o recuerdan hechos diferentes. En ocasiones, el tono sube con violencia o baja con suavidad: "Era un invertido, un degenerado, entiéndelo bien, Paulina, aunque trates siempre de perdonarlo. Y por eso, por eso, este chiquillo salió así. ¡Bah!... No sabré yo cómo lo mimó, cómo lo malcrió dándole plata a manos llenas, la que se gastaba en juego y en mujeres... Porque has de saber tú que este niño tuvo contactos con mujeres apenas un adolescente... Pero a él qué le importaba, qué le preocupaba si andaba feliz con sus amantes, con esa tropa de muchachos con que se metía por allí en los departamentos... Por qué crees tú que yo lo desprecié, que tomé como amante a un secretario de la Legación allá en Bélgica..." Es la voz de la mujer a quien el esposo, desgraciado, hizo desgraciada también, vendiéndole todo lo que tenía; pero aun los desgraciados tienen algo de bueno y noble y, lo que es peor, también mueren: "Afuera prosigue la lluvia, ahora fina, transparente, melancólica. De pronto el día se ilumina y los objetos crecen. La vieja estufa, alta y descascarada en partes, con algo de apariencia animal, contrasta con los otros objetos diseminados junto a la mesa: un pequeño piso de mimbre, una escoba, un plumero, una estera de cáñamo y la botella a medio consumir con los dos vasos altos, gruesos y verdes que dan un reflejo tétrico, casi abstracto, a las manos suaves, blandas y tersas del uno, y a las fuertes y toscas del otro".

Los dos, el hombre de trabajo y el joven aficionado a la poesía, guardan el ataúd del hombre desgraciado y esperan a los que vendrán a buscarlo para llevar, ataúd y muerto, adonde corresponde. Valdivieso aprovecha el ambiente e introduce, entre paréntesis y con comillas, un monólogo del desgraciado, en realidad, algo que éste dijo alguna vez al joven (..."Tendría entonces unos dieciocho años, era alto, de pelo castaño y un rostro hermoso, de ojos azules. Pero había algo en sus manos, pequeñas y mezquinas, que me hicieron mirarlo, en un comienzo, con cierta vaga desconfianza. Siempre me fijo en las manos de la gente. Son a menudo más significativas que el rostro, parecen reflejar mejor el auténtico perfil del alma. Y no me engañé...").

Es el retrato o la primera impresión que el que será su amante produce en el desgraciado, el amante que lo explota, lo avergüenza y termina por matarlo: "Después, la mayoría borrachos, me hicieron bailar... Era él, él quien más los incitaba. Hasta que ocurrió eso que ya no podré olvidar jamás..."

Valdivieso presenta o introduce, a continuación de este párrafo y de otros anteriores o posteriores, en cursivas, esas cursivas que esta revista parece no tener, una manera de monólogo interior directo que en ocasiones ocurre en el mismo personaje que habla o de que se habla, o en otro personaje que alguna vez, a propósito de lo que se habla o de quien se habla, pensó algo o dijo algo. El que sigue a continuación de lo que hemos citado viene con paréntesis además ("En ese momento te soltaste de mis brazos y con la mirada perdida, el cuerpo tembloroso, buscabas algo de qué asirte, mientras un sonido angustioso te salía de alguna parte de la garganta. Luego ya no te recuperaste. No supe lo que hubieras querido decirme... ¡Pobre hermano!... Todo ha sido verdaderamente una desgracia...").

Amor, rebeldía, comprensión, profunda piedad y, por sobre todo, gran deseo de hacer aparecer a la novela chilena como ya quiere ser, cuidadoso, casi esmerado, hábil, todo eso y algo más pone y muestra Jaime Valdivieso en "Nunca el Mismo Río". Madurando rápidamente, con viajes por Asia y Europa, mirando al hombre desde lo universal, hombre que vive en nuestros días, el autor de "El Muchacho" trabaja en busca de una expresión exacta de lo que ha vivido, visto y escuchado, y con la atinada forma que eso requiere.

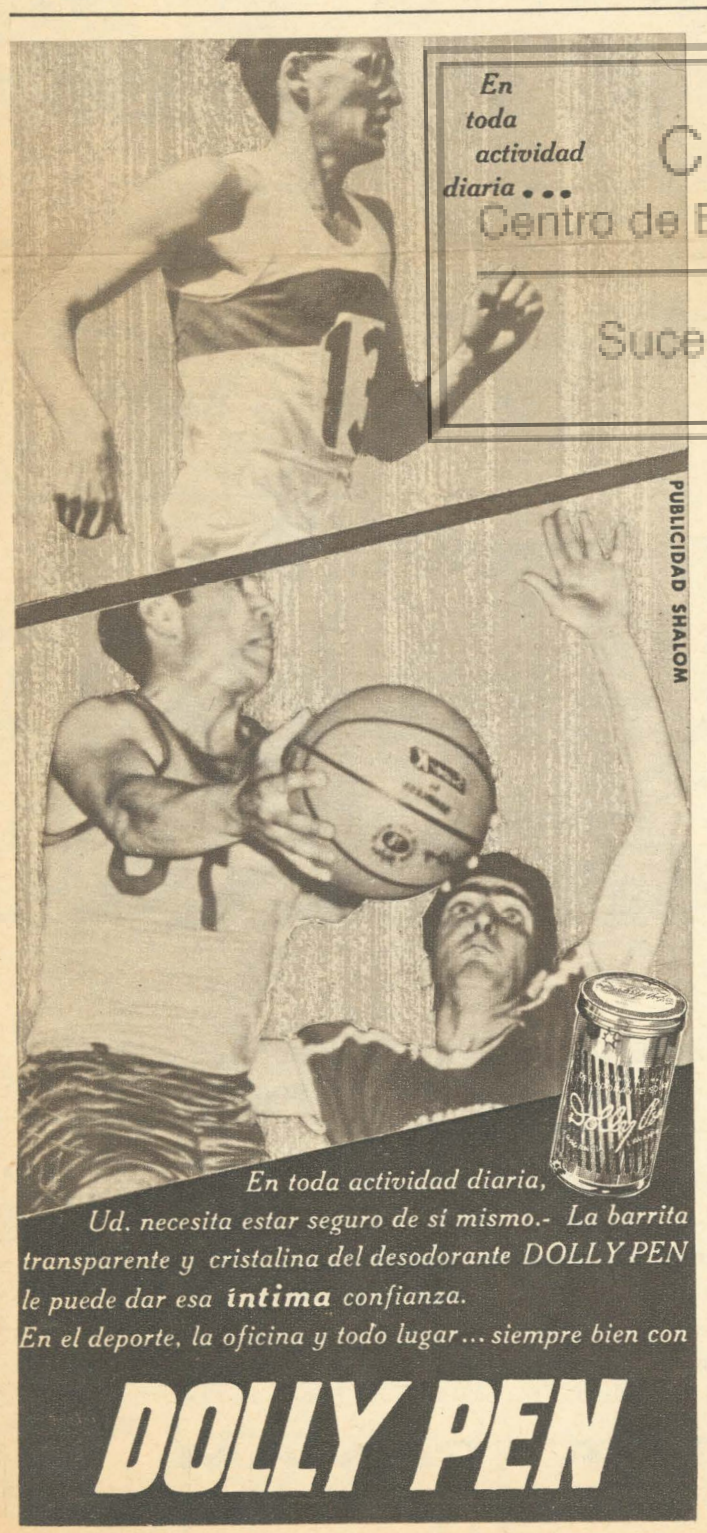
RECTIFICACION

Manuel Corvalán, colaborador de ERCILLA en materias económicas, rectifica un pequeño error de máquina aparecido en la entrevista hecha al ex Embajador de Chile en Alemania, Arturo Maschke. En ella (pág. 4) se dice:

"La producción alemana aumentó en valores reales entre 1950 y 1959 desde 113 millones de marcos a 213 millones de marcos."

Debe decir:

"Desde 113 mil millones de marcos a 213 mil millones."



CEDIC Centro de Estudios Documentales Sucesión Manuel Rojas